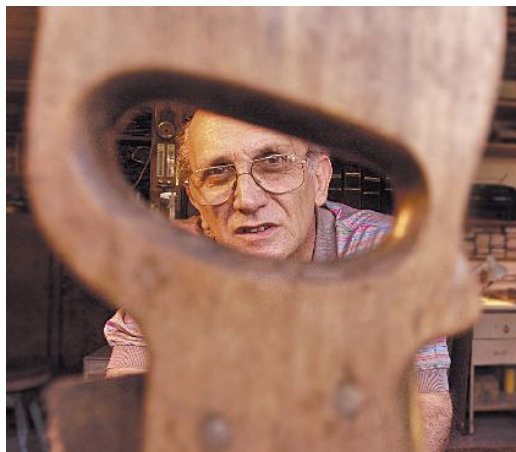


El arte de soplar y hacer guitarra

Es uno de los mejores luthiers de la Argentina. Cada guitarra le lleva más de un mes. Y afirma que su tarea es “como jugar al ajedrez”.



GERARDO DELL'ORO

EDUARDO POGORILES

Al entrar en la casa del luthier Carlos Salmone, en Villa Madero, sorprende el mural en el pasillo con decenas de manos pintadas. Son las huellas de quienes admiran a Salmone por su arte de hacer guitarras. Ahí están impresas las manos de Eduardo Falú, Cacho Tiraó, Roberto Grela, Juanjo Domínguez, Irma Costanzo, Suma Paz y Los Quilla Huasi, entre muchos otros.

Esto de hacer guitarras le viene a Salmone de lejos: se crió entre músicos y letristas, entre otros, Celedonio Flores era amigo de la casa. “Las historias fantásticas que contaba mi padre –Pascual, un buen guitarrista, que una noche reemplazó a Barbieri junto a Gardel– junto a un luthier amigo suyo, Claudio Gripo, decidieron mi destino”, dice este hombre de más de sesenta años, casado con la ceramista Hilda Orrico.

En el jardín hay una cascada y un horno de ladrillos. Más allá está el taller, donde Salmone tiene 35 guitarras en orden de espera: cada una le llevará más de un mes de trabajo. Por momentos, el hombre parece un maestro zen. “Lijar la madera es lo más difícil, una tarea para filósofos”. Son días y días lidiando con los espesores de la tapa –la precisión es de centésimas de milímetro– para lograr sonidos agudos y graves que fascinan, o ese característico timbre aterciopelado.

Todo empieza con la elección de las maderas. Maderas de pino abeto de la Selva Negra alemana –de 250 años de antigüedad– para la tapa; jacarandá de Brasil para los fondos, el puente y los

aros; mara de Bolivia para el brazo. Habrá luego más maderas –ébano, cedro– y después clavijas y cuerdas importadas. Por fin, la ceremonia de encolar y lustrar. “Armo la guitarra en días de poca humedad –no más de 35 grados– con luz de luna en cuarto menguante”. Hay razones para eso: la luna influye en la resistencia de las resinas de la madera.

El momento de la verdad llega al pulsar las cuerdas. Si “está lograda”, la guitarra tendrá su propia personalidad: sonidos dulces y fuertes a la vez, agudos que se prolongan, la sonoridad de un piano de concierto. Ahmed Kanneci, un guitarrista clásico de Turquía, lo invitó a poner un taller de luthería en Estambul cuando se prendió de esos sonidos en los 90, durante una gira alemana. “Kanneci tenía una guitarra Ramírez, mucho más costosa que las mías; pero lo oyó tocar a Juanjo Domínguez y quiso cambiármela. No quise saber nada. Finalmente la compró y nos hicimos muy amigos”.

Salmone difícilmente iba a dejar el barrio para instalarse en Turquía. “¿Sabe lo que me costó dejar Flores para venirme a esta casa tan linda, a pocas cuadras de la avenida General Paz?”, dice sonriente. En el jardín, a veces, se instalan sillas para oír a Eduardo Falú o a Juanjo Domínguez tocando para los amigos.

Un discípulo de Andrés Segovia, Juan Mercadal, logró convencerlo para dejar el barrio por un tiempo. El hombre se perfeccionó así con el luthier Robert Ruck en la Universidad de Miami. Desde entonces su taller tiene la limpieza de un quirófano.

SALMONE BASICO

BUENOS AIRES, 1942. LUTHIER

Se inició en la guitarra gracias a su padre, Pascual Salmone (1907-1965), guitarrista y muy amigo del luthier Claudio Gripo: “Escuchándolos –cuenta hoy– nació en mí el sueño de construir una guitarra dulce, potente, equilibrada”. Lleva creadas más de 350 guitarras, que utilizan maestros de todo el mundo, entre ellos Eduardo Falú, Manuel López Ramos y Takeshi Tezuka.

Sin embargo, insiste en que en esto no hay nada de ciencia exacta: “hay misterio, es como un juego de azar”. Insiste: “Hacer una guitarra es como jugar al ajedrez. El sonido ideal tiene algo de jaque mate, pero raramente se consigue. Yo hice más de 350 guitarras y no pude oír todavía ese sonido que llevo adentro”.

Hay secretos que no pueden enseñarse; cada luthier debe descubrirlos. Salmone piensa en los ilustres luthiers italianos –Stradivari, Guarnieri, Amati–, que “vivieron en una época en la que no había luz eléctrica ni herramientas de precisión, pero sus violines siguen sonando como instrumentos únicos”.

Y si bien la guitarra no tiene la tradición aristocrática del violín, eso no es un obstáculo para sus sueños de perfección. Es que, para Salmone, las guitarras son como hijos: “me van a sobrevivir, así que deben defenderse por sí mismas. Y honrar a su creador”.